

Un Hombre... Una Noche

En ese barrio de casas bajas, sin jardines a la vista, de calles adoquinadas y veredas desparejas, el despacho de bebidas de Don Vito, que funcionaba como anexo del almacén, era el refugio que encontraban los vecinos, en su mayoría obreros del frigorífico o jornaleros en el puerto, para reunirse después del trabajo.

El negocio bajaba sus persianas, habitualmente, a las nueve de la noche para volverlas a levantar poco antes de las seis de la mañana; horarios de gente obrera que al amanecer buscaba la copita de caña para entonarse antes de entrar a desollar animales y, en los atardeceres, la compañía del mazo de naipes.

La vida en el lugar transcurría sin mayores contratiempos. Las mañanas eran un ir y venir de mujeres con sus bolsas y sus monederos o su libreta negra, para anotar las compras. Por las tardes, los hombres se reunían para jugar al truco o al tres siete, mientras las mujeres, en sus casas, preparaban la cena. Alrededor de las ocho comenzaban a llegar los chicos a buscar al papá con la frase siempre repetida: “Dice mamá que está la comida”.

Cuando el último parroquiano se despedía, saludándolo con una mano en el ala del sombrero, Don Vito lavaba las últimas copas, acomodaba las mesitas rectangulares, de madera lustrada, cerraba las puertas y se retiraba, también él, a cenar con su familia.

Aquella fría mañana de fines de agosto al sol le costaba asomarse, las veredas estaban húmedas y el cielo muy gris. Levantó las persianas del negocio, como lo hacía cada día. Se abrochó su saco blanco de almacenero y, con los dedos, quitó el rebelde mechón de cabello grisáceo que le caía sobre un ojo en un gesto que ya formaba parte de su personalidad.

Poco después, y mientras tomaba su tazón de leche con galletas, en el comedor de diario que funcionaba a su vez como estiba de las bordalesas de vino, lo vio entrar. Se levantó ágil, sin importarle terminar con su desayuno y, solícito, se dispuso a atenderlo.

- Buenos días Don Manuel, qué milagro usted por acá, tan temprano... -

- Cosas de la política... Uno empieza una reunión a las diez de la noche y, palabra va palabra viene, lo alcanza la madrugada. Esta vez la cosa fue en la Sociedad de Fomento, por lo del empedrado que piden los vecinos –

Don Vito estaba al tanto. Él era uno de los más interesados porque estaba bastante cansado ya de entrar las bolsas de mercaderías al hombro los días de lluvia, en que los camiones de los mayoristas no se le animaban al barrial.

-¿Y, qué se decidió...?- Preguntó mientras le servía su bebida al recién llegado.

-Nada todavía pero la cosa está bien encaminada. Al intendente le importa que el barrio progrese, sobre todo ahora que las elecciones están cerca. A propósito, ¿no le interesaría a usted presentarse como concejal por nuestro partido? La gente lo conoce y lo respeta...-

-Le agradezco pero usted sabe que la política no es lo mío. Le repito lo que ya le dije al Señor Intendente cuando me mandó llamar por el tema de la iluminación. Soy un hombre de trabajo que vive en este barrio y piensa quedarse en él. Cuenten conmigo para todo lo que sea ayudar a mejorarlo, pero no me pidan que entre en campañas políticas ni en reuniones de comité; eso lo dejo en sus manos.-

Para entonces ya habían entrado al local otros dos parroquianos en busca de su acostumbrada copita de las mañanas. Se interrumpió así el diálogo entre los dos hombres y Don Manuel se despidió saludando, con un gesto de su mano alzada, a los recién llegados.

El día se deslizó sin mayores novedades hasta que al atardecer y bajo una lluvia inesperada que hacía pensar que ya no llegaría nadie, entró un hombre joven, de no más de treinta años, quién luego de colgar de la percha su sombrero humedecido, se sentó a una de las mesitas y comenzó a hurgar en sus bolsillos.

Don Vito lo observaba desde el mostrador donde sumaba algunas libretas del almacén, aprovechando la ausencia de clientes. No lo reconoció como alguien del barrio; su vestimenta cuidada y ese poncho fino de alpaca que le cubría un hombro lo distinguían de la gente del lugar. Abandonó lo que estaba haciendo y se le acercó.

-¿Le sirvo algo, señor...?-

-Una ginebra y, por favor, ¿podría usar su teléfono?-

-Cómo no, pase-

El aparato estaba sobre una mesita colgante, junto a la puerta que comunicaba con la estiba. De un clavo pendía una guía telefónica. El hombre recurrió a ella para ubicar el número que, evidentemente, no había encontrado entre sus ropas. Efectuó una llamada y volvió a la mesa.

Allí lo esperaba su licor. Lo tomó de un sorbo y miró la hora en un relojito redondo que llevaba en el bolsillo delantero de su pantalón. La comparó con la que señalaba el reloj de pared. Eran las siete y veinte. Después, lentamente, se acercó al estaño, pagó su bebida y averiguó hasta qué hora estaría abierto el negocio.

-Acostumbro cerrar alrededor de las nueve y media. Después de esa hora por aquí no anda nadie. La gente se levanta temprano, ¿sabe?-

- Le pregunto porque cité a unos amigos para eso de las ocho. Arreglamos un asunto y de inmediato nos vamos. No se preocupe.-

- Está bien...- Respondió el patrón sin dejar de sumar sus libretas.

Un momento después entró una señora al almacén contiguo al grito de “¡a despachar!” La mujer del almacenero salió de la cocina secándose las manos en el delantal y dijo:

- Dejá Vito, atiando yo...-

En tanto habían llegado al despacho de bebidas algunos hombres, como lo hacían a diario, para esperar la hora de la cena. Uno de ellos, el rubio le decían, extrañado por la presencia del desconocido quiso saber de quién se trataba.

-No sé... Está esperando a unos amigos- Fue la escueta respuesta.

El rubio no quedó satisfecho; le preocupaba ese hombre y así se lo hizo saber a Don Vito.

- Vos ves enemigos por todas partes... Dejá de ir tanto al cinematógrafo-

-Usted sabrá...-

Poco rato después tres hombres, entre los cuales se encontraba Don Manuel, se asomaron a la puerta. El del poncho se acercó a recibirlos y se ubicaron en una mesita alejada de las ventanas que daban a la calle.

Algunos chicos jugaban a las bolitas en el umbral esperando que sus papás terminaran la partida para volver a sus casas. La mayoría de los parroquianos ya estaban de pie apurando el último sorbo de caña. Don Vito miró el reloj. Eran casi las nueve. Pasó con prolijidad un paño sobre cada una de las mesas que se iban desocupando y las acomodó tratando de no molestar al grupo que acompañaba a Don Manuel.

Los cuatro hombres discutían y, de vez en cuando, alguno de ellos llevaba su mano derecha a la cintura como buscando algo. Habían tomado solamente café, sin nada de alcohol, pero parecían acalorados.

Poco después de las nueve y media ya no quedaba nadie en el negocio pero los de la mesa alejada de las ventanas no mostraban intención de retirarse.

La mujer del almacenero llegó desde la cocina extrañada de que su marido ya no hubiese cerrado. Éste la miró muy serio y, con un gesto, la hizo volver sobre sus pasos. Los muchos años de matrimonio que llevaban les permitía entenderse sin palabras. La mujer se retiró preocupada.

En ese momento Don Manuel se levantó y elevando algo la voz dijo:

- Vamos muchachos, es tarde y este hombre tiene que cerrar-

Después, y mientras el resto se levantaba y buscaba sus sombreros, dirigiéndose al patrón le recomendó:

-Don Vito, baje las persianas y no vuelva a levantarlas hasta mañana. No importa lo que oiga afuera.-

A la mañana siguiente todo volvió a repetirse. Se abrió el negocio, las mujeres volvieron con sus bolsas y sus monederos y los hijos de Don Vito a barrer la vereda antes de salir hacia la escuela.

Todo igual. Sin embargo, algo en el aire, decía lo contrario y el rubio lo confirmó.

Al entrar al boliche para su copita de la mañana contó lo ocurrido:

-¿Se enteró patrón de lo que pasó anoche?-

-No. ¿Qué pasó?-

-Lo apuñalaron a Don Manuel en la esquina de la cortada, frente a la casa de Don Filiberto, a eso de las diez de la noche. No se sabe quién fue. Lo dejaron allí tirado. ¡Qué quiere que le diga!, a mi ese del poncho no me gustaba nada.-

El rubio terminó su copa y se quedó mirándolo a Don Vito, quién, como ausente, se acomodaba con la mano el rebelde mechón de pelo cano.

-¿Qué le pasa? ¿Tanto lo impresionó la noticia?-

-Es que estaba recordando...-

Reflexionó sobre las últimas palabras de Don Manuel Canedo y entendió que el hombre, presintiendo el inevitable final que se avecinaba, había decidido mantenerlo al margen del hecho evitándole ulteriores consecuencias.

-Don Vito, ¿Qué recordaba?-

-Que el finado era un buen hombre... Dejémoslo descansar en paz...-

Y volvió a sus tareas.